

la ciudad en una canoa de la aduana y le llevaron por mar á San Pedro de Arena, de donde le trasladaron á Alejandría.

El príncipe Borghese, gobernador general del Piemonte, asustado también á su vez de tener que custodiar á un preso como aquél, para lo cual no tenía orden ninguna, se zafó del compromiso enviando al papa á Grenoble, adonde llegó el 21 de julio en compañía del cardenal Pacca, que momentáneamente separado de su lado le había alcanzado en Alejandría.

En Grenoble se aposentó el papa en el palacio episcopal, pero en calidad de preso aunque colmado de agasajos y respeto. Cuando supo el emperador en Schœnbrunn el uso inconsiderado que se había hecho de sus cartas, reprobó el arresto del papa y sintió sobre manera que se hubiesen propasado á semejante violencia (1). Pero no queriendo tenerle en Francia, así como no habían querido tenerle el príncipe Borghese en Alejandría ni la gran duquesa Elisa en Florencia, é ignorando por otra parte que estuviese ya el papa en Grenoble, escribió designando para residencia á Savona, en la ribera de Génova, donde había una buena ciudadela y alojamiento cómodo para el pontífice. Al recibir su carta el ministro de Policía hizo salir á Pío VII de Grenoble para Savona; pero esta nueva traslación disgustó también al emperador cuando supo que se había verificado, porque temía que estos continuos viajes de un punto á otro le hiciesen aparecer como autor de vejaciones indecorosas respecto á un anciano augusto á quien estimaba aun cuando le oprimía, y de quien era igualmente querido á pesar de tamaña tiranía. Dispuso por lo tanto que su gentilhombre Mr. de Salmatoris fuese de París con toda la servidumbre y el menaje necesarios á disponer para el papa un alojamiento digno de su persona; mandó que se le dejase en libertad de hacer cuanto quisiese, de celebrar todas las ceremonias del culto, y de recibir los homenajes de amor y respeto de las numerosas poblaciones que acudiesen á verle; y al mismo tiempo prescribió que se trasladasen á París los cardenales, los generales de las órdenes religiosas, los personajes de la cancillería romana, los miembros de los tribunales de la Dataría y Penitenciaría, y finalmente los archivos pontificales, acariciando en su mente el proyecto de poner junto al supremo jefe del imperio

(1) Al ministro de Policía.

«Schœnbrunn, 18 de julio de 1809.

»Recibo al mismo tiempo las dos cartas adjuntas del general Miollis y otra de la gran duquesa. Siento que se haya arrestado al papa; es una gran locura. Lo que convenía era prender al cardenal Pacca y dejar al papa quieto en Roma; pero ya no hay remedio, y á lo hecho pecho. No sé lo que habrá hecho el príncipe Borghese, pero mi intención es que el papa no entre en Francia. Si se halla todavía en la ribera de Génova, el mejor paraje que se le puede asignar es Savona. Allí hay un buen edificio donde podría estar cómodamente hasta que se sepa lo que convendrá hacer. Si cesa su demencia, no me opongo á que vuelva á Roma. Si hubiese entrado en Francia, hágale usted retroceder hacia Savona y San Remo; sobre todo que se vigile mucho su correspondencia.

»Por lo que hace al cardenal Pacca, envíele usted preso á Fonestrelle, haciéndole entender bien que si llega á morir asesinado un francés por sus instigaciones, él será el primero que lo pague con su cabeza.

»NAPOLEÓN.» (N. del A.)

de Occidente el pontífice supremo, y creyendo que de este modo podría establecerse en París el centro de toda autoridad temporal y espiritual: síntoma notable del vértigo que estaba ya haciendo tan singulares progresos en aquel poderoso cerebro (2).

Tales fueron los acontecimientos de toda especie que ocurrieron durante la breve campaña de Austria, y fáciles adivinar el efecto que habían de producir en los ánimos. La sensación fué rápida y profunda.

Hacia ya un año que la opinión había empezado á cambiar de resultas de los asuntos de España, por la convicción general de que todo podía haber acabado con el abrazo de Tilsit, y de que la paz habría reinado, en el continente al menos, á no ser por el acto imprudente que había derribado á los Borbones de España para poner en su lugar á los Bonapartes. Aunque la corte de Viena había tomado la ofensiva, todos atribuían la guerra de Austria á la de España como á su causa cierta y evidente. Todos vivían amedrentados con aquellas incasantes guerras que hacían peligrar á la nación, su grandeza, su reposo y á su mismo emperador, porque aunque se desaprobaba su insaciable ambición, todavía se le miraba como á un libertador, y se sentía tanto que arriesgase su persona como que comprometiese á la Francia según lo hacía diariamente. El cansancio, ya general, había casi desnaturalizado el patriotismo, y algunos malévolos habían ya esparcido clandestinamente, como dejamos indicado, los mentidos boletines del archiduque Carlos traducidos. La batalla dudosa de Essling había dado ocasión á que resaltasen más estos desfavorables sentimientos, y la inquietud de los ánimos se trocó casi en odio cuando se reunieron á aquella noticia la del levantamiento promovido por el mayor Schill y la del apareamiento de partidas alemanas de insurgentes en Sajonia y Franconia. Verdad es que la de Wagram ahogó por de pronto aquellas malas disposiciones; pero con la expedición de Walcheren volvieron á renacer, y aunque el desastre sufrido por los ingleses disipó á su vez la alarma producida por su desembarco, fueron estos hechos lo bastante para poner en evidencia la repugnancia de los guardias nacionales á movilizarse y su indisciplina después de movilizadas:

(2) La siguiente carta, aunque breve, como todas las que escribía Napoleón para decidir de las cosas más grandes, expresa claramente su idea sobre el particular.

Al ministro de Policía.

«Schœnbrunn, 15 de septiembre de 1809.

»He leído la carta que escribe el papa al cardenal Caprara. Como este cardenal es de confianza, puede usted hacérsela entregar después de sacar copia de ella. El viaje de Grenoble á Savona ha sido funesto como lo es todo paso retrógrado. Usted no ha comprendido mis intenciones. Ese paso retrógrado es precisamente el que ha inspirado esperanzas á ese fanático. Ya ve usted que quería, nada menos que hacernos reformar el código Napoleón, quitarnos nuestras libertades, etc. No cabe mayor insensatez.

»He mandado ya que todos los generales de las órdenes y los cardenales que no tengan obispado ó no residan en él, ya sean italianos, toscanos ó piamonteses, se trasladen á París, y probablemente lo terminaré todo trayendo á París al mismo papa, á quien estableceré en las cercanías de la capital. Es muy justo que esté á la cabeza de la cristiandad; al pronto costará novedad, pero durará poco.

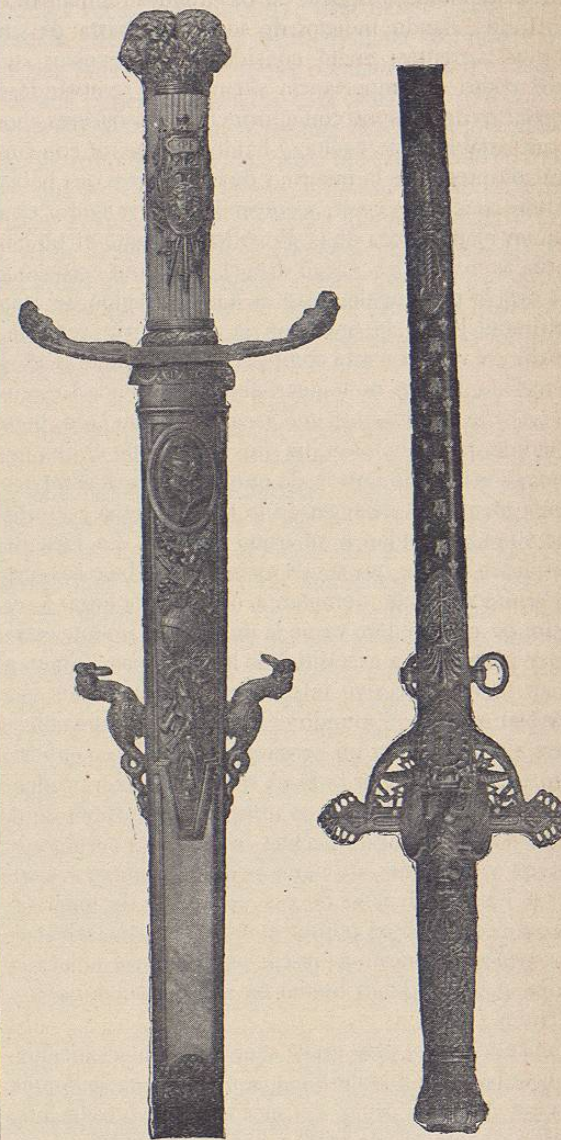
»NAPOLEÓN.» (N. del A.)

indisciplina que llegó hasta el punto de tener que mandar fusilar á algunos de ellos el general Lamarque, que mandaba en Amberes una de sus divisiones. Habíase visto en París á los oficiales viejos sacados de su retiro continuar echándola de descontentos y murmurando sin rebozo á pesar de haberles dado empleo; Fouché, Bernadotte y Talleyrand empezaban ya á constituir como un núcleo, en torno del cual se reunían muchos enemigos del imperio cada vez más osados. Los antiguos realistas andaban agitados en el barrio de San Germán, y parecía como que volvían á acordarse de los Borbones. Acudían á porfía á San Sulpicio á las pláticas de un predicador ya famoso, llamado Mr. de Frayssinous, con una premura que evidentemente no nacía de mera devoción, y en aquellas pláticas ó sermones se desenvolvían con gran satisfacción de los oyentes doctrinas muy contrarias á las del decreto de 17 de mayo, que había suprimido la soberanía temporal del papa. Tuvo la policía que prohibirlas, y esta medida dió pie á conversaciones más peligrosas aún que las pláticas mismas. Mostrábase principalmente consternado el clero con la noticia ya difundida de que en Roma, después de muchas escenas escandalosas, había llegado la arbitrariedad hasta el punto de prender y llevarse al mismo papa. En todas las iglesias se hacían por él rogativas, al mismo tiempo que se escarnecía el Concordato en las tertulias donde aún se mantenía vivo el espíritu filosófico, y en todas partes había quien se quejase ó se burlase ó menospreciase en Napoleón al hombre político, aunque se le siguiese admirando como gran capitán. Hablóse varias veces de tentativas de asesinato cometidas contra su persona, como si el mismo sentimiento que impulsaba á unos á meditar este crimen, moviese á otros de preverlo. En suma, era evidente que estaba ya verificándose una revolución en la opinión pública, y que el concepto general que soliviaba contra Napoleón á la Europa entera empezaba también á privarle del apoyo de la Francia. Sin embargo, la última guerra, milagrosamente terminada en cuatro meses, la paz gloriosa que á ella había sucedido y todo el continente pacificado, infundían nuevas esperanzas, y la esperanza producía la satisfacción, la admiración y el deseo de ver el imperio tranquilo, consolidado y perpetuado en un heredero; pues aunque, á pesar de sus frivolidades, fuese querida Josefina como una reina bondadosa que mantenía la afabilidad y la gracia al lado de la fuerza, se deseaba generalmente un nuevo enlace que diese herederos al imperio. Ni se limitaba el pueblo á deseárselo, que ya lo anunciaba indiscretamente como resuelto, aunque compadeciendo á la misma víctima cuyo sacrificio pedía, y disponiéndose quizá á condenar al emperador que iba á sacrificarla, mirando aquella nueva unión si hacía una elección ventajosa como una nueva prueba de sus ambiciosas miras.

Sabía muy bien Napoleón cuál era el estado de los ánimos, pero no quería que se lo pintase tal como era, contentándose con adivinar lo que le disgustaba sin verlo expresado por labios extraños. Durante la guerra de Austria el príncipe Cambaceres había enmudecido por no tener que revelárselo; pero el mismo Napoleón excitó á hablar á su discreto archicanciller, y éste, precisado á explicarse, se lo dijo todo con gran mesura pero con honrosa sinceridad. Deseoso Napoleón de confe-

renciar con él sobre aquellos importantes negocios y de hablarle antes que á otro alguno y con toda la extensión necesaria, le mandó ir á Fontainebleau para el 26 de octubre, que era el día mismo que pensaba él llegar allí.

Efectivamente, el 26 llegó á Fontainebleau Napoleón, primero que ninguno: antes que su servidumbre, antes que la emperatriz y los ministros. El archicanciller, tan



ESPADAS DE NAPOLEÓN

1. Espada de primer cónsul. - 2. Espada de gala

puntual como discreto, le estaba esperando desde la madrugada. Recibióle Napoleón con confianza y amistad, pero al mismo tiempo con una altivez que no le era peculiar; porque á medida que la opinión le iba abandonando, iba él mostrándose más inexorable con ella, aun para los que con más dulzura y templanza se la manifestaban. Se quejó al archicanciller del poco sufrimiento con que los parisienses habían sobrellevado las penalidades de la breve campaña última, de los temores á que se habían entregado por las miserables correrías del mayor Schill y de otros cabecillas alemanes, de la alarma que en ellos había producido la malhadada expedición del Escalda, en la que suponía él haber sido tan visible el influjo de su feliz estrella; le

habló con desdeñosa indignación del poco carácter que en aquellas diversas circunstancias se había desplegado, y quejóse principalmente de que se hubiese procedido con tanta incertidumbre para alistar guardias nacionales cuando eran necesarios, y con tanta indiscreción llamándolos á las armas en tumulto cuando ya no servían más que para alborotar el país. Mostró más desconfianza que otras veces respecto de los antiguos republicanos y realistas, dando indicios de sospechar hasta de sus propios parientes; fingió considerar los negocios del clero como de importancia secundaria, reservándose arreglarlos de consuno con el príncipe Cambaceres ahora que estaba ya de vuelta, y habló finalmente con singular desprecio de la muerte y de los peligros que había corrido, afectando creer, y creyendo efectivamente, que para un instrumento de la Providencia como él no había balas ni puñales. Llegó después al punto esencial y que más le preocupaba, esto es, á la disolución del lazo matrimonial que le unía con la emperatriz Josefina. Amaba en verdad á esta compañera de los mejores años de su vida, si bien no le guardaba una fidelidad escrupulosa, y le era dolorosísimo separarla de su lado; pero á medida que la opinión iba desviándose de él, iba cebándose más en la ilusión de que no eran sus extravíos sino la mera falta de sucesión lo que amagaba con una prematura caducidad á su trono glorioso. La idea de consolidar la base que sentía estremecerse bajo sus pies era su preocupación dominante, como si por llegar á ser madre de un heredero varón la mujer nuevamente escogida y puesta en la excelcitud de las Tullerías, hubieran de ser para lo sucesivo infecundos los desaciertos que le habían echado el mundo entero encima. Conveniente era sin duda tener un heredero reconocido como tal, pero cien veces mejor hubiera sido reinar con prudencia y juicio! Sin embargo, el mismo que después de la paz de Tilsit, y cuando parecía llegado á la cúspide de la gloria y del poder, no había podido decidirse á sacrificar á Josefina á pesar de esa necesidad de tener un hijo, se decidía ahora porque el imperio amenazaba ruina, y estaba dispuesto á buscar en un nuevo enlace la solidez que sólo debió buscar en una conducta hábil y moderada (1).

Consultó, pues, este grave asunto con el archicanciller Cambaceres; manifestóle que no había en su familia príncipe ninguno capaz de sucederle decorosamente; recorrió de una ojeada triste y penetrante todas las miserias de esa familia, y dijo que sus hermanos eran incapaces de reinar, envidiosos unos de otros y demasiado díscolos para obedecer al que le sucediese si la ley de sucesión directa no les obligaba á reconocer en él al continuador del imperio. Mostró, sin embargo, una predilección marcada por el príncipe Eugenio, le elogió, ponderó sus buenos servicios, su modestia, su abnegación á toda prueba; pero declaró que no bastaría la adopción para que después de muerto él le aceptasen como heredero del imperio, añadiendo que, seguro de

(1) El archicanciller Cambaceres refiere con gran discreción en sus *Memorias* la larga conversación que tuvo aquel día con el emperador, y se limita á apuntar los epígrafes de los objetos que se trataron en ella. He tenido que buscar en las numerosas cartas de Napoleón el sentido de aquel coloquio, y de estos documentos auténticos he sacado la intención de Napoleón sobre cada cosa, que procuro reproducir con toda exactitud. (N. del A.)

tener hijos de otra mujer que no fuese Josefina, había resuelto divorciarse; que nada había dicho de esto y menos aún á la que iba á ser sacrificada; que esta declaración le era muy penosa; que esperaba que llegase el príncipe Eugenio para que fuese preparando á su madre, y que hasta entonces quería se guardase el mayor secreto. Oyó el príncipe Cambaceres con gran disgusto esta grave determinación, porque era como todos partidario leal de Josefina y conocía que si la repudiaba Napoleón iba á desviarse más todavía de su antigua condición, de sus ideas sanas, de sus deseos moderados, de aquellas saludables miras que le ligaban con todos los hombres notables de la revolución y que no podría abjurar sin romper también con ellos. La misma prudencia que le había movido á desaprobado la conversión del consulado en imperio, le hacía ahora desaprobado su enlace con toda dinastía antigua, reconociendo que la consolidación más segura era la del tiempo y que la duración únicamente pendía de una conducta juiciosa. Hizo algunas tímidas observaciones fundadas en la estimación de que gozaba Josefina, en el amor que la tenían el pueblo y principalmente los militares, acostumbrados á mirarla como esposa benéfica de su general, en los recuerdos revolucionarios que á ella se unían y en la consideración de que con alejar de sí á la viuda de Beauharnais para desposarse con una descendiente de la casa de Habsburgo ó de Romanoff, parecía que retrocedía hacia el antiguo régimen. A todas estas observaciones, expuestas como hemos dicho con la más respetuosa circunspección, respondió Napoleón en tono de rey absoluto, persuadido de no haber más destino que su voluntad dueña del mundo. No le dijo más sino que necesitaba un heredero, con el cual quedaría el imperio cimentado para siempre; y el antiguo consejero del primer cónsul, confundido por la altivez de su amo, bajó la cabeza sin replicar, consolándose con su extremada benevolencia en todo lo demás del desaire recibido al quererle oponer á su inflexible voluntad (2). Convínose en que no se volvería á hablar de aquello hasta la llegada del príncipe Eugenio.

La desgraciada Josefina llegó á Fontainebleau por la tarde, ya muy inquieta y alarmada por no haber sido recibida la primera. Recibióla Napoleón con afecto, pero con el embarazo consiguiente al grave secreto que no se atrevía á confiarle. La emperatriz, que sin tener un talento privilegiado tenía un tacto exquisito y la perspicacia que el interés personal da en las situaciones críticas, se sintió como herida de muerte. A fuerza de oír por todas partes repetir á una turba de aduladores, más solícito cuanto más contraria iba siendo la opinión pública, que era menester consolidar el imperio y de ver que todo conspiraba á lo que se había dado en llamar estabilidad, había vuelto á derramar las mismas lágrimas que había vertido siempre que había llegado á entrever su triste porvenir. Su hija, ya reina de Holanda,

(2) El príncipe Cambaceres cuenta del modo siguiente lo que experimentó en aquel coloquio: «Estuvimos solos muchas horas, según lo había dispuesto el emperador, para conversar conmigo á sus anchas sobre una porción de cosas... Durante nuestro coloquio me pareció Napoleón absorto en su grandeza y como si se paseara por su gloria. Todo lo que dijo llevaba un sello tal de altivez, que temí no volverle á merecer ninguna de aquellas consideraciones de delicadeza, cuya necesidad para conducir á un pueblo libre, ó que quiere parecerlo, había él mismo reconocido.» (N. del A.)

infeliz por los tenebrosos celos de su esposo, de quien vivía separada, había acudido á consolarla, y al verla tan abatida, casi deseaba que llegase para ella la explicación de aquel funesto secreto, cualquiera que fuese.

Había acudido á Fontainebleau un inmenso gentío, que cuanto más había temido por los asuntos de España y por las consecuencias de la batalla de Essling, más afectaba ahora tener por invencible al que había creído tan expuesto á ser vencido. Ahora ninguno de aquellos cortesanos temía ni dudaba, ni concebía siquiera el menor recelo: todos decían que los ingleses habían sido unos ineptos y los austriacos unos necios presuntuosos. Los españoles iban á ser aniquilados. Del papa y de la odiosa é inútil violencia que con él se había cometido, nadie decía una palabra. Napoleón no quería que se hablase de eso, y nadie hablaba, para que, como él lo había mandado, pareciese cosa de poco momento y mera cuestión de sotanas, no digna de ocupar la gravedad del siglo décimonono. Todos las conversaciones acerca de los negocios públicos acababan con una palabrita al oído sobre la desgracia de que ocupase el trono una princesa que, aunque tan simpática, era estéril. ¿Quién era capaz de sondear las intenciones del prepotente emperador? Sin embargo, era imposible que éste no tratase de completar el edificio que había levantado dando al imperio un heredero. Todos los tronos de Europa se apresurarán, decían, á ofrecer una madre para el futuro dueño del Occidente; y naciendo ese niño, será el imperio eterno. Finalmente, mientras los parisienses empezaban á hablar y á contradecir, sin dejar todavía de admirar, en Fontainebleau nadie despegaba los labios más que para expresar en lenguaje sumiso, frívolo é insípido lo que había descubierto en la dominante mirada de Napoleón.

Todos sus parientes habían solicitado acudir allí para expiar los unos ciertos actos de debilidad ó de resistencia, los otros algunos dichos á que sin querer habían dado lugar. Jerónimo, rey de Westfalia, había dirigido mal los escasos movimientos militares que le había tocado dirigir: había además gastado mucho en sus placeres y muy poco en su ejército. Luis, rey de Holanda, no por afición al lujo, sino por condescender con el carácter económico de los holandeses, había suprimido tropas que eran muy necesarias, y sobre todo había favorecido ó por lo menos tolerado el comercio de contrabando con Inglaterra.

Murat, desviado del ejército para reinar en Nápoles, donde se esmeraba en lisonjear á todas las clases para granjearse adeptos, había dado ocasión, sin saberlo probablemente, á ciertas especies que la policía había transmitido á Schoenbrunn. Decíase que en la expectativa de una catástrofe en el Danubio, en que sucumbieran la persona ó la fortuna de Napoleón, Fouché y Talleyrand habían fijado los ojos en Murat y púestose de acuerdo para tener prontos en el camino de Italia los tiros que debían conducirle de Nápoles á París. Con todo, estas especies se achacaban más á la ambición de su esposa que á la suya propia. Recibió Napoleón á Jerónimo con indulgencia, sin embargo de no haber á sus ojos delito mayor que el sacrificio de los deberes políticos á los placeres. Perdonábaselo todo por su completa abnegación, y hasta le hizo esperar que haría para él un arreglo ventajoso con el Hannover. Más severo estuvo con Luis,

de quien tenía ventajosa idea, pero cuya recelosa independencia y cuya extremada docilidad á la voluntad de los holandeses eran una verdadera defección de la política de la Francia: hízole entrever siniestras resoluciones con respecto á su territorio. A Murat, á quien no había vuelto á ver hacía mucho tiempo, y cuyo nombre, fijo en la memoria de todos los que intrigaban, le deslumbraba á veces, le manifestó su descontento, aunque más todavía á su mujer, cuya mente inquieta barruntaba más de una falta capital. Aunque bondadoso como siempre con sus parientes, afectaba con éstos más que con los otros el tono de amo. A medida que había ido adelantando camino en la vida, había ido estudiando en todos los que le rodeaban la índole de las afecciones humanas, y al aproximarse sin verlo, aunque presinténdolo á veces, al término de su grandeza, parecía abrigar contra todos un resentimiento secreto que el feliz y rápido desenlace de la guerra de Austria no había logrado disipar, y que se manifestaba en cierto tono de autoridad cada vez más absoluto (1).

No fué la familia de Napoleón la única que acudió á Fontainebleau: todos los reyes aliados suyos que tenían algún interés que debatir ó algún homenaje de agradecimiento que tributarle, como el rey de Sajonia, los reyes de Baviera y el rey de Wurtemberg, solicitaron verle. Respondió el emperador á sus peticiones del modo más urbano, y todo anunciaba que á fines del otoño tendría lugar en París una brillantísima reunión de testas coronadas. Entretanto se celebraron en Fontainebleau magníficas funciones. Sucediáanse sin interrupción las representaciones teatrales, los bailes, las batidas. La caza de los venados parecía ser á la sazón la diversión favorita de Napoleón. Pasaba á caballo horas enteras y lo hacía publicar en los diarios con toda intención, porque durante la última campaña se había dudado de su salud lo mismo que de su fortuna. Había querido tener á su lado á su médico Corvisart, no sólo por disfrutar de su conversación en los momentos de ocio en Schoenbrunn, sino también para consultarle sobre ciertos dolores sordos que padecía y que eran presagio de la enfermedad de que murió doce años después; y esta circunstancia había dado margen á muchos dichos infundados sobre el estado de su salud. Para desmentirlos estaba en continuo ejercicio desde la madrugada hasta la noche, jactándose de su fuerza, que era grande todavía, y poniendo empeño en que no se dudase de ella. Su aspecto personal cambió notablemente desde esta época: de ceñudo y enjuto que antes era, se hizo franco, resuelto, grueso, sin que por eso perdiese su semblante su varonil belleza; de taciturno se hizo decididor afluente, escuchándole siempre con embebecimiento unos y con dócil abyección otros; de áspero y seco se hizo impetuoso, fogoso y muchas veces duro, aunque siempre sereno en el peligro y compasivo con los que padecían. En suma, su poderosa naturaleza se había desarrollado por completo é iba ya á decaer como su fortuna, puesto que nada se estaciona en la vida. Finalmente, había fijado la atención en una ó dos mujeres entre la numerosa y solícita concurrencia de su corte, y se cuidó muy poco de recatarlo á pesar

(1) Es indudable que desde aquella época empezó á cambiar el tono de su correspondencia, mostrándose más severo, más desconfiado, más absoluto y más descontento de todos. (N. del A.)

de los celos de la emperatriz Josefina, á quien trataba ya sin miramientos y hasta desesperaba con su conducta, como si quisiera disponerla á que renunciase á él, ó sacar de los mismos disturbios domésticos la fuerza de que carecía para romper con ella de una vez. Tal era su modo de vivir al volver de la guerra de Austria, y el lucimiento no era por cierto menor que lo había sido después de la paz de Tilsit, porque parecía que todos con su abnegación sin límites se esmeraban en hacerle olvidar las dudas que momentáneamente se habían concebido acerca de su prosperidad.

Ocupado, sin embargo, en el despacho de sus asuntos en medio de sus mismos placeres, dictó Napoleón en Fontainebleau numerosas órdenes. Aceleró la organización, la reunión y la traslación de las fuerzas destinadas á España, que eran, según dejamos dicho, el cuerpo del general Junot disperso desde Augsburgo hasta Dresde, el del mariscal Bessieres encargado de la reconquista de Walcheren, las reservas preparadas en el centro y en el Oeste del imperio, los dragones provisionales y los nuevos regimientos de la guardia. Como los ingleses se habían retirado ya enteramente de las bocas del Escalda, volando las dársenas y fortificaciones de Flesinga, hizo Napoleón marchar definitivamente hacia el Mediodía las tropas de línea de dicho cuerpo y disolvió toda la guardia nacional á excepción de unos cuantos batallones en que reunió la escasa gente que se había aficionado á la vida militar. Hizo continuar la evacuación del Austria á medida que ésta fué pagando sus contribuciones, y dirigió el cuerpo del mariscal Oudinot á Maguncia, el del mariscal Massena á Flandes y el del mariscal Davout á los puntos de Alemania que aún ocupaba la Francia, como Salzburgo, Bayreuth y Hannover. Quería disolver el cuerpo del mariscal Oudinot, que se componía de cuartos batallones (exceptuada la antigua división de Saint-Hilaire), para que éstos volviesen á sus respectivos regimientos. Reforzó y regularizó las soberbias divisiones del cuerpo de Massena, queriendo que defendiesen el litoral del continente desde Brest hasta Augsburgo. Por lo que hace al cuerpo del mariscal Davout, le reunió á la caballería, y se propuso que se mantuviese en Holanda ó á costa de aquel país, ó bien por cuenta del rey Jerónimo si al fin le cedía el Hannover. Dirigió el cuerpo del mariscal Marmont al campamento de Laybach para que viviese en la Carniola. De este modo buscaba las mejores combinaciones posibles para no cercenar realmente sus fuerzas y para hacerlas al propio tiempo poco dispendiosas, por cuanto de la guerra de Austria no había sacado lo que se había prometido (sólo le había producido unos ciento cincuenta millones) y la expedición de Walcheren le había costado mucho dinero para armar y equipar los guardias nacionales. Era á la sazón la hacienda el mayor cuidado que tenía Napoleón y la causa de casi todas sus determinaciones. Deseoso de poner un término á los negocios del continente, trataba con la Baviera sobre la pacificación del Tirol, la repartición de los territorios de Salzburgo, Bayreuth, etc.; con la Westfalia sobre la cesión de la Galitzia. A unos pedía dotaciones para sus generales, á otros medios para mantener sus ejércitos, y á todos en fin un arreglo definitivo en cuya virtud cesasen las ocupaciones extraordinarias

de tropas y gozase por fin el continente de la apetecida paz y estabilidad. No había dificultad ninguna que vencer en todos esos arreglos, porque Napoleón daba territorios y era por consiguiente dueño de fijar las condiciones que quisiese; de modo que siempre sus aliados tenían que quedar contentos.

Sólo con su hermano Luis tuvo Napoleón serias diferencias. No podía sufrir la tolerancia que éste dispensaba al contrabando, y quería que en castigo se le entregase el territorio comprendido entre el Escalda y el Rhin, desde Amberes hasta Breda, esperando defenderse mejor de aquella plaga después que fuese dueño de la mencionada línea, y hasta amenazando apoderarse de toda la Holanda si seguían reproduciéndose los abusos de que se quejaba.

Organizó un patrimonio extraordinario, cuya dirección encomendó á Mr. Defermou, formado del tesoro del ejército y de las propiedades de toda especie que en diversos países había reservado para sí, para que descansase sobre bases duraderas la hacienda de sus servidores. Ocupóse por último en los asuntos de la Iglesia, ideando una nueva constitución que pusiese al que era cabeza de ella en situación análoga á la de los patriarcas de Constantinopla con respecto á los emperadores de Oriente. Hacía tratar al papa con toda clase de atenciones, y como dejamos dicho, le envió con una numerosa servidumbre su gentil hombre Mr. de Salmatris para que viviese con todo el brillo y magnificencia de un soberano. El papa, que había recobrado su natural dulzura pasada la exaltación de los primeros días, pero constante en su resistencia, le respondió que tenía bastante con las cosas meramente necesarias y que todo lucimiento era ajeno de su situación actual; que, como soberano, había ya dejado de serlo, y como prisionero no era posible darle esplendor sin escarnecerle; por último, que para su manutención y la de los suyos bastaba con lo que se pasaba á los presos que merecían algún respeto. Sin embargo, á pesar de la modesta repulsa de Pío VII, su casa tomó el aspecto de un palacio. En cuanto á los asuntos de la Iglesia, no quiso el papa entender en ninguno mientras no se le restituyese su consejo de cardenales y un secretario de Estado de su libre elección. Negóse también resueltamente á tratar de la institución de los obispos, negocio cada vez más urgente. Ya antes, y aun desde la entrada del general Miollis en Roma, había accedido Pío VII á instituir los obispos nombrados por el gobierno imperial, mediante la supresión de cierta formalidad de mera deferencia relativa al emperador: había así otorgado la bula que instituye al obispo aceptado por la Iglesia, la que se dirige al clero y la otra que habla con los fieles de la diócesis, pero rehusado la que se dirige al soberano temporal en cuyos Estados debe el nuevo prelado ejercer sus funciones. Proponía Napoleón que se hiciese así ahora también, pero el papa denegó este término de transacción desde su cautiverio en Savona. Las dispensas y todos los demás actos ordinarios se concedían en Roma por el cardenal di Pietro, que había quedado en la capital de la Iglesia para atender á las cosas propias del gobierno espiritual, según uso establecido para cuando el papa se halla ausente. No se curó mucho Napoleón de estas dificultades y se prometió allanarlas en cuanto tuviese á su lado á Pío VII. Su proyecto era

llevarle á Fontainebleau, ganarse allí su voluntad por medio de la dulzura y de la seducción de su trato, y establecerle de un modo suntuoso en San Dionisio, donde pudiera el supremo pontificado ostentar el mismo brillo que en Roma. Creyendo que con la fuerza se consigue todo, se había imaginado Napoleón que el papa, después de la primera resistencia y cuando viese que nada conseguía con ella, acabaría por rendirse; que los cardenales y personajes principales de la Iglesia llevados á París en pos del pontífice, al verse tratados con tanta magnificencia, acabarían también por preferir á la persecución la consideración y la opulencia, y que los romanos, para quienes tenía reservada una corte más brillante que otra alguna después de la suya propia (después diremos cuál era), no echarían de menos un pontificado que los sujetaba al gobierno clerical; que los católicos de Francia se holgarían de tener consigo al papa; que los católicos de Europa, reducidos á otros sacrificios mucho mayores, se resignarían á verle establecido en Francia, y que tan fácil le sería alterar las antiguas costumbres católicas, que eran las más inveteradas, arraigadas y tenaces en las poblaciones europeas, como cambiar una frontera escribiendo con la punta de su espada un nuevo artículo en un tratado al día siguiente de alcanzar una victoria. Acostumbrado á poner inmediatamente por obra todas sus resoluciones, reiteró el orden de trasladar á París los cardenales que residían en Roma, de cualquier nación que fuesen, los generales de las órdenes religiosas de dominicos, barnabitas, servitas, carmelitas, capuchinos, teatinos, etc., y los miembros de los tribunales de la Dataría y Penitenciaría. Mandó además que los preciosos archivos de la corte romana fuesen transportados en carros de Roma á París. Fué enviado á San Dionisio el ministro de los Cultos para ver los edificios y combinar todo lo necesario para una gran fundación. Sin embargo, como las conciencias no se prestaban á semejantes innovaciones con la facilidad que Napoleón se había imaginado, y como el clero, que no se atrevía á oponerse abiertamente, se valía para expresar su descontento del medio indirecto de las misiones extraordinarias, á las cuales acudían en tropel los realistas del Mediodía y de Bretaña, prohibió rotundamente que se celebrasen misiones, así dentro como fuera del imperio. «Para el servicio interior del culto, dijo, basta el clero ordinario. Tengo una idea demasiado alta de su ilustración y de su celo para creer que se necesiten predicadores ambulantes que hagan sus veces. Por lo que hace al exterior, no soy afecto al proselitismo, y me contento con proteger el culto en mi país sin la ambición de propagarlo á tierras extrañas.» Trató el cardenal Fesch de hacerle ver que semejante prohibición no podría menos de alarmar á los fieles mucho más que todas las calamidades hasta entonces sufridas; pero Napoleón le mandó que se abstuviera de hacerle observaciones y que diese ejemplo de sumisión, en la inteligencia de que la menor señal de oposición sería más severamente castigada en él que en otro alguno.

Mientras Napoleón descansaba en la deliciosa morada de Fontainebleau de las fatigas y peligros de la guerra, alternando entre los negocios graves y los placeres, entre las resoluciones sensatas de su administración vasta y las ilusiones de una política ciega, iban llegando

á París los soberanos aliados suyos, y decidió ir á recibirlos. Allí acudieron el rey y la reina de Baviera, el rey de Sajonia y el de Wurtemberg, reuniéndose con los otros príncipes parientes del emperador, los reyes y reinas de Holanda, de Westfalia y de Nápoles. Hizo Napoleón su entrada en París á caballo el 14 de noviembre. No se le había vuelto á ver allí desde que partió para el ejército el 12 de abril. Las fiestas para celebrar la paz realzaron el brillo de aquella reunión de príncipes nunca vista, y París gozó de un otoño delicioso después de un verano y de una primavera que sólo habían ofrecido soledad y tristeza.

Pero en medio de aquellos regocijos estaba madurando Napoleón la terrible resolución que había de ser tan costosa á su corazón como lisonjera para su orgullo; es á saber: el divorcio y el nuevo enlace que iba á sucederle. Los celos de Josefina, más vehementes cuanto más se iba persuadiendo la malhadada emperatriz de que su esposo le ocultaba cosas más graves que sus meras infidelidades, exasperaban á Napoleón, aunque sin comunicarle fuerza para romper abiertamente. Quería á veces hacerlo, y se mostraba con ella más frío, más reservado, más áspero; pero este estado le era insoportable y quería salir cuanto antes del paso. Con este objeto despachó á Milán un correo con orden para el príncipe Eugenio de que fuese inmediatamente á París; detuvo consigo á la reina Hortensia para que acompañasen á Josefina sus hijos en el momento crítico y no le faltase el consuelo que creía él más grato á su corazón; y por último, hizo llamar al archicanciller Cambaceres y á Mr. de Champigny y comunicó á cada uno de ellos por separado, y secretamente, su resolución definitiva, á la cual había de coadyuvar cada uno de por sí. Trató con el archicanciller de la fórmula del divorcio: díjole que Josefina sospechaba ya lo que se estaba preparando, pero que esperaba á que llegase el príncipe Eugenio para declarárselo abiertamente; que hasta entonces se guardase el mayor sigilo, y que después quería terminar el negocio con toda presteza. Repitióle las razones que tenía para divorciarse, todas ellas sacadas de la necesidad de asegurar al imperio un heredero que todos reconociesen como tal, y ante el cual cediesen todas las rivalidades de familia. Dejóle asimismo entrever todas las ilusiones que estaba acariciando, como si la duración del imperio que había fundado no dependiese de la prudencia y sí solo de un enlace que, aunque útil hasta cierto punto, era de poca importancia contra la Europa conjurada. Habló de todo lo demás no como quien consulta sino como quien manda, y manifestó su resolución de revestir aquel acto de formalidades que patentizasen su afecto y su consideración á Josefina. Desechaba todo lo que pudiese contribuir á darle carácter de repudio; sólo quería una mera solución de vínculo matrimonial fundada en el consentimiento mutuo por razón de Estado. Se convino en que después de celebrar un consejo de familia, en el cual se comunicase al archicanciller la expresión de la voluntad de los dos esposos, pronunciaría un senado-consulta, expedido por el senado con toda solemnidad, la relajación del vínculo civil, señalándose en el mismo acto una dotación espléndida que asegurase la suerte de Josefina. Había ya Napoleón destinado para ella un palacio en París, una soberbia casa de campo, tres millo-